BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

MOHAMED SIBARI

La rosa de Xauen

[selección de fragmentos]

Edición impresa

Mohamed Sibari, *La rosa de Xauen* (1996)

En

Mohamed Sibari (2009) *La rosa de Xauen.* Tercera edición. Madrid: Editorial Lalla Menana. (pp. 63-79)

Edición digital

Mohamed Sibari, *La rosa de Xauen* (2012)
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Julio de 2012

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso

Al día siguiente, Uarda salió del apartamento para ir al cuarto de baño.

Tenía la cara tapada con una toalla.

Jeff subía las escaleras. Dio los buenos días a la mujer, y ésta le devolvió el saludo.

—¿Qué te pasó ayer, Uarda?

—No pasó nada.

—¿Por qué no me dejas ver tu cara?

—Porque no estoy maquillada.

—¡Pero si tú nunca te maquillas!

—Déjame pasar, por favor.

Muy nervioso, el inglés le dijo:

—¡Tienes que dejarme ver tu cara!

—Si tanto insistes, prepárate para el espectáculo.

—¡Nooooo! ¡Díos mío, noooo!

El muchacho se sentó en las escaleras, y como un chiquillo, comenzó a llorar.

De vez en cuando, desahogaba su ira pegando puñetazos en la pared.

Uarda removió con sus finas manos la melena de Jeff durante varios minutos y entró al servicio.

Al no aparecer en el hospital durante cinco días, sus amigas intrigadas, decidieron ir a visitarla. La inflamación había bajado un poco, y las equimosis estaban desapareciendo del rostro de la mujer. Pero los azotes seguían marcando casi todo el cuerpo de la bella emigrante.

Recibió con mucho gusto a sus compañeras, y mientras merendaban, la portuguesa le preguntó:

—¿Ha sido un accidente?

—No, me atacaron cuatro hombres de noche. Me quitaron mi bolso y la cadena de oro que tenía en el cuello, y me dieron una paliza.

—¡Canallas!

Al despedirse las mujeres, Fetoma se quedó sola con Uarda.

—Eso del robo y de la agresión por cuatro hombres, yo no me lo trago.

Uarda se abrazó a la mujer y rompió en sollozos.

—¿Ha sido tu marido, verdad?

—Sí.

—¡Sinvergüenza! Y se puede saber, ¿por qué?

—Le dije lo que me dijiste.

—¿Lo que te dije? ¿Y qué es lo que te dije?

—Que la casa esté a nombre de los dos.

—¡Y por eso te ha pegado!

—Ojalá me hubiese pegado solamente, si hasta me quiso matar con un cuchillo.

—Debiste avisar al policía.

—Tuve y tengo miedo.

—Tú sabrás lo que haces, pero yo de ti lo denunciaría.

Cierta noche, Alami le dijo a su mujer:

—Dentro de una semana iré a Xauen.

—Haberme avisado con antelación.

—¿Por qué?

—Para pedir permiso al jefe de personal.

—No hace falta, voy a ir solo.

—¿Y yo?

—Tú te quedarás aquí, el viaje es muy caro, y tenemos que ahorrar.

—Pero yo quiero ver a mis padres.

—¡He dicho que no!

—Bueno, bueno, como quieras.

Su marido le dijo:

—Voy a ausentarme un mes. Tengo que estar presente cuando comiencen las obras, porque la mayoría de los albañiles son unos ladrones. Procura no gastar mucho dinero.

Al quedarse sola en su apartamento, la bella campesina saltaba de alegría.

Jeff la invitó a cenar una noche, la mujer aceptó encantada.

Cenaron en un lujoso restaurante, y las atenciones y la educación del inglés eran memorizadas por la emigrante.

Se despidieron en la puerta del apartamento con un fuerte apretón de manos.

Al día siguiente, el rubio, al encontrarse con la muchacha en las escaleras, le dijo:

—Pasado mañana es sábado, iremos a cenar y más tarde a una discoteca.

—De acuerdo Jeff.

Cenaron en un restaurante al borde del río Támesis, y a media noche entraron en una discoteca.

—¡Si yo no sé bailar!

—Baila como te dé la gana.

Uarda lo pasó muy bien. Se sentía una mujer libre y, por primera vez, conoció la alegría en Inglaterra.

Al volver a casa, se despidieron con un romántico beso. La mujer estaba tan feliz que apenas logró conciliar el sueño.

A la semana siguiente, Uarda pidió dos días de permiso. Jeff aprovechó este permiso y la llevó a visitar el parque zoológico.

Parecía una niña. Corría de jaula en jaula, estaba asombrada. Nunca había visto tanta variedad de animales.

Almorzaron en un restaurante hindú y, por la tarde, visitaron numerosas tiendas de ropa femenina.

—¿Por qué no me dejas que te compre algún vestido?

—Y cuando me pregunte mi marido su procedencia, ¿qué le digo?

—Que lo has comprado con tu dinero.

—Él sabe lo que gano. Se daría cuenta rápidamente.

Cenaron en un restaurante chino y pasaron una magnífica velada en una sala de fiestas.

De vuelta a su apartamento, la muchacha abrió la puerta e invitó al muchacho a pasar. El Kamasutra los acompañó hasta el amanecer.

Jeff despertó a Uarda a las diez de la mañana, muerta de sueño.

—¡Déjame, tengo sueño!

—Dentro de media hora pasaré a recogerte. Te voy a llevar a la playa de Brighton.

Hacía un día estupendo. La playa estaba abarrotada de gente.

—Jeff.

—Sí, Uarda.

—¿Cómo pueden las mujeres bañarse y tomar el sol con sus pechos descubiertos? ¿No está prohibido?

—Aquí cada uno es libre de bañarse como quiera y a la hora que quiera. Como te habrás fijado, nadie se fija en nadie.

Pasaron todo el día en la playa y, al volver a Londres, Uarda estaba muy triste.

—¿Qué te pasa?

—Ahora sé por qué dicen que lo bueno siempre se acaba.

—¿Cuándo regresará el criminal de tu marido?

—Pasado mañana.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Qué quieres que haga?

—Ya encontraremos alguna solución.

La bella mujer había pasado las mejores vacaciones de su vida. Un mes de libertad y felicidad, y sabía que dentro de dos días volvería a la esclavitud.

Efectivamente, nada más entrar en el apartamento, Alami le dijo a su mujer:

—Tengo los pies hechos polvo, calienta un poco de agua y lávamelos.

Se sentó sobre el sofá y la mujer calentó el agua, la vertió en una palangana de plástico, le lavó los pies y se los secó con una toalla.

La vida de la muchacha volvió a ser un infierno. Sólo se veía con Jeff los viernes al mediodía.

Un fatídico día, Alami se olvidió el boleto semanal de tren.

Al abrir la puerta del apartamento, Uarda estaba sentada sobre los muslos de Jeff.

Los tres se quedaron mirándose durante unos segundos. Parecían tres estatuas de mármol.

La mujer, muerta de miedo, dio un brinco y se resguardó detrás del inglés.

Alami, furioso, cogió un cuchillo de cocina y se abalanzó sobre el amante de su mujer. Le clavó dos puñaladas en el brazo y en el hombro derecho.

El londinense, joven y robusto, cogió la mano de su agresor y le quitó el mencionado cuchillo.

La pelea duró casi cinco minutos. Uarda salió a la calle pidiendo socorro.

Varios vecinos irrumpieron en el apartamento y separaron a los dos hombres.

Como en todos los accidentes, robos, peleas, etc., la policía y la ambulancia no tardaron ni diez minutos en llegar al lugar del suceso.

A Alami lo llevaron esposado a la comisaría, y al británico y a Uarda al hospital.

La mujer pasó la tarde al lado de su amante. Tres días más tarde, los dos amantes pasaron a declarar en la comisaría.

La mujer alegó que el inglés era solamente un buen amigo y que venía a visitarla de vez en cuando. Les contó lo bien que se portó con ella cuando se intoxicó con la caja de chocolate.

En espera de juicio, Alami fue conducido a prisión.

Hamido y varios de sus amigos, rogaron y suplicaron a Uarda para que retirase la denuncia.

Al día siguiente, el cocinero fue a visitar a su amigo a la cárcel:

—¿Cómo estás?

—Ya lo ves, por culpa de la zorra de mi mujer.

—Estuvimos ayer rogándole que retire ella y el inglés los cargos contra ti.

—¿Y qué han dicho?

—Que están de acuerdo, pero con una condición.

—¿Qué condición?

—Cuando salgas de la cárcel, la divorcias.

El hombre, después de reflexionar durante varios minutos, le dijo a su amigo:

—Dile a esa *kelba*[*] que estoy de acuerdo.

Al llegar el día del juicio, Jeff le contrató y pagó a un buen abogado. Y al retirar los amantes los cargos contra el emigrante, y al no tener el acusado antecedentes penales, la sentencia fue una multa de mil libras esterlinas, que también pagó el inglés. Al salir de la cárcel, Jeff le tendió la mano y le dijo sonriendo:

—¿Amigos?

—Amigos, le dijo con una sonrisa sardónica.

—Pero como hagas daño a Uarda, te denuncio otra vez.

—No te preocupes, no le haré ningún daño.

Desde aquel día, la muchacha dejó de entregarle dinero a su marido.

Comenzó a comprar vestidos y maquillaje. Su amante la llevaba a las mejores peluquerías de Londres.

—Uarda.

—Sí, Jeff.

—No quiero que trabajes más.

—¿Y de qué voy a vivir?

—Yo te daré todo el dinero que quieras. Tengo mucho dinero en el banco y, además, por si no lo sabes, el inmueble, la cafetería y los demás almacenes son de mi padre, y yo soy su único heredero.

La emigrante dejó de trabajar. Su amante le compró un coche y la trataba como a una princesa.

Al instalarse definitivamente en un lujoso piso de su amante, en el mismo inmueble, Jeff dejó de cobrarle el alquiler a Alami.

Pasaron muchos meses y, empujado por Uarda, el inglés le preguntó al emigrante:

—¿Cuándo vas a divorciarte de Uarda?

—Cuando vayamos a nuestro país.

—¿No te puedes divorciar aquí?

—No, porque nos hemos casado ante dos notarios; esa es la ley en nuestro país.

Llegó el verano y Alami le dijo a Uarda:

—Dentro de una semana me voy a Xauen, ¿te vienes?

Sin pensarlo siquiera, la mujer le dijo no.

—Como quieras.

—¿Vas en coche?

—Sí, esta vez voy en coche.

[*] Perra, en árabe.

—¿No te importaría llevarle regalos a mi familia?

—¡Claro que no!

Al llegar a su pueblo, el hombre cogió todos los regalos y el dinero que la campesina le había dado y lo llevó al cortijo de sus padres.

—¿Cómo está mi hija?

—¡Bien, muy bien! Os manda muchos recuerdos.

—¿Por qué no vino contigo?

—Está estudiando inglés y tiene que aprobar un examen muy importante.

—¡Mira qué bien!, le respondió sonriendo su suegra.

Después de pasar sus vacaciones y regresar a Londres, el emigrante se encontró con Uarda en el supermercado del barrio.

—¡Bienvenido, Alami!, se abrazó al hombre y le dio dos besos en las mejillas.

—¿Cómo estás, Uarda?

—¡Bien, muy bien! ¿Y mis padres cómo están?

—Muy bien, y te mandan muchos recuerdos. También preguntaron por qué no viniste conmigo.

—¿Y qué les has dicho?

—Que tenías un examen de inglés.

—Has hecho muy bien.

—Te he traído algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Aceitunas, pescado frito y kaddid*.

—Puedes quedártelas.

—¡Pero si te las mandó tu madre!

—Yo no como esa porquería. Y a propósito, ¿me has divorciado?

—No, no he podido.

—¡Cómo que no has podido!

—Los notarios me han dicho que tienes que estar presente y que digas que estás de acuerdo.

La bella campesina no estaba convencida. Escribió una carta a sus padres preguntándoles si habían recibido el dinero y los regalos.

Dos semanas más tarde, recibió una carta en la cual sus progenitores afirmaban haber recibido el dinero y los regalos.

* Carne ensalada.

Un día, Uarda decidió ir a visitar a su amiga Menana. La llamó por teléfono, y Jeff la llevó en su coche a casa de ésta.

La casa estaba en las afueras de Londres. Era una lujosa villa con un hermoso jardín.

Uarda fue recibida con todos los honores por Menana.

—¿Vas a tardar mucho?, le preguntó el inglés.

—¡Claro que va a tardar! Esta noche dormirá en mi casa.

La mujer insistió, y el rubio quedó en pasar a recogerla al día siguiente.

Almorzaron y estuvieron charlando durante varias horas. La mujer le hizo visitar la casa y la muchacha se quedó asombrada ante tanto lujo.

Al caer la noche, varios coches comenzaron a llegar a la villa, todos eran hombres árabes y asiáticos y estaban acompañados por bellas jóvenes inglesas. Comenzaron con un aperitivo y la juerga siguió hasta media noche.

Uarda le dijo a Menana que estaba cansada y quería dormir.

Todos los invitados rogaban en árabe literal a la bella joven para que se quedase con ellos.

Pasada una hora, la muchacha le preguntó a su amiga por el servicio.

—En la primera planta hay cuatro servicios, elige el que quieras.

Mientras subía los escalones, la muchacha se dio cuenta de que alguien la seguía. Entró en el primer servicio y cerró la puerta con llave.

El panzudo, siempre en árabe literal, le decía:

—Abre, abre por favor, no tengas miedo, te daré todo el dinero que quieras. Me casaré contigo, ¡abre por favor!

La pobre muchacha pasó toda la noche en el servicio y, al amanecer, mientras todos dormían, salió de la villa. Anduvo casi tres kilómetros y finalmente tomó un taxi.

Pasaron dos años y Alami seguía sin pagar el alquiler. El inglés no le cobraba los recibos del agua, luz y calefacción.

Se aproximaron las vacaciones del emigrante y éste le dijo a la campesina:

—Dentro de una semana iré a Xauen.

—¡No sabes las ganas que tengo de ver a mis padres y a mis hermanas!

—Si no vas a venir conmigo, prepara lo que tengas que mandar a tus padres.

Uarda consultó con su amante, y el inglés le dijo a Alami:

—Llévate a Uarda contigo, aquí tienes cinco mil libras. Divórciate y cuando vuelvas te daré otras cinco mil libras.

—De acuerdo, pero con una condición, que no se lleve con ella el perrito.

Tanto en Francia como en España, cada vez que se alojaban en un hotel, la campesina llamaba por teléfono a su amante delante de las narices de su marido.

Llegaron muy temprano a Ceuta, pasaron la aduana y nada más recorrer un par de kilómetros de Fnidak (antiguo Castillejos), Alami aparcó a la derecha de una pequeña huerta en la que había una vieja y seque higuera.

—Baja, uarda, te voy a enseñar otro terreno que he comprado a nombre de los dos.

Sin sospechar lo más mínimo, la querida e ingenua del inglés, con un pantalón corto, bajó luciendo sus hermosos muslos.

Un puñetazo a traición le fue dado por su marido. Cayó desplomada sobre el suelo y perdió el conocimiento.

Alami si hizo con una rama seca de la mencionada higuera y cuando la mujer comenzó a reaccionar, el hombre le propinó una horrorosa paliza.

La rama se rompió en dos; arrancó otra más grande. La mujer intentó huir, pero fue en vano. La agarró por su hermosa cabellera y le dio una patada en la cara.

Los gritos de socorro fueron oídos por varias personas. Una campesina, cuatro hombres y dos gendarmes que estaban de servicio en la carretera acudieron a socorrer a Uarda.

—¡Que nadie se meta en mis asuntos!, dijo en tono amenazador Alami con la rama cogida por sus manos.

—Como no dejes la rama en el suelo te pego un tiro, le dijo uno de los gendarmes.

—¡La dejaré, pero primero tenéis que escucharme!

—Escuchadle, nada vais a perder, les dijo la campesina mientras limpiaba el rostro ensangrentado de Uarda.

—¡Me ha traicionado durante tres años con un inglés! ¡Se acostaba con él delante de mis narices!

—¿Por qué no la has matado?

—Fallé en el intento, herí al inglés y terminé en la cárcel. Tres largos años he estado esperando este momento, les dijo llorando.

—Nosotros no hemos visto nada, dijeron los gendarmes.

—Nosotros tampoco, dijeron los cuatro hombres.

—Por mí, ¡mátala!, le dijo la campesina.

Uarda pedía perdón a su marido, pero el hombre seguía pegándole.

Al llegar a casa de sus suegros:

—Bajad a vuestra hija del coche.

—¡Mi hija!, gritó de alegría la madre

Al bajar y ver su lamentable estado, la madre dijo gritando:

—¡Dios mío! ¿Quién ha hecho esto a mi hija?

—Yo, señora, yo se lo he hecho, debería haberla matado.

—¿Por qué? ¿Por qué motivo?

Pasaron a una pequeña habitación, cerraron la puerta y el emigrante les contó todo lo sucedido durante los tres años.

La madre lloraba y se daba bofetadas en la cara. ¡Dios mío, que mi hija me deshonre! ¿Por qué Dios mío? ¿Qué mal he hecho yo en este mundo?, repetía una y otra vez la pobre mujer.

Alami bajó las maletas de su esposa, abrió el bolso de ésta, cogió el pasaporte de Uarda y lo metió en la guantera de su coche.

—¿Qué piensas hacer, hijo mío?, le preguntó su suegro.

—Nada, absolutamente nada, todavía sigue siendo mi esposa. Se quedará aquí con ustedes y todos los meses le mandaré el dinero que estipula la ley en estos casos.

El emigrante pasó un magnífico mes de vacaciones con su primo en Tetuán, y ya no le importaba ver a las chicas en bañador en las playas de Río Martín, Mdik, Cabo Negro, Restinga, etc.

Terminadas sus vacaciones, al regresar a Londres, Jeff le preguntó por Uarda:

—¿Por qué no ha venido contigo?

—Una de sus primas se va a casar, vendrá dentro de dos semanas.

—¿Te has divorciado?

—Sí, me he divorciado.

—¿Puedo ver el certificado del divorcio?

—Primero las cinco mil libras.

—¡Hoy es domingo! ¿De dónde quieres que saque las cinco mil libras?

—Entonces, dame un cheque.

Al darle el cheque, Alami le entregó una fotocopia legalizada de su acta de matrimonio, en la cual había una fotografía grapada de Uarda. El documento estaba escrito en árabe y llevaba unos cuantos sellos, también en árabe.

Al ojearlo, el inglés dio un salto de alegría y fue corriendo a enseñárselo a su viejo padre.

Pasaron tres semanas y la muchacha no apareció. El inglés le preguntó a Alami:

—¿Por qué no ha venido?

—Ni lo sé, ni me importa. Ya no es mi esposa.

Pasaron tres meses, y al ver que su amante no daba señales de vida, Jeff, con su raqueta de tenis en su mano izquierda y mientras comía una manzana, le dijo al emigrante:

—Creo que deberíamos ir a tu país para traer a Uarda.

—¡Magnífico! ¡Cuando quieras! Y además, como a ti te gusta el deporte y las frutas, en mi país hay una higuera que da los mejores higos del mundo.

—¿Cuántas calorías tienen?

—Muchas, muchísimas calorías.